

## Cervantes clave española \*

---

Señores académicos, señoras y señores :

Con mucho gusto intervengo en esta serie de conferencias que ha organizado la Real Academia Española, y he elegido un tema que es quizá entre todos los míos el que más tiene que ver con los asuntos de esta Casa. He escrito un libro que tiene el título de esta conferencia y que está a punto de aparecer ; creo que dentro de muy pocos días estará publicado : *Cervantes clave española* ; y he pensado que quizá tendría sentido en esta casa explicar por qué lo he escrito y qué he querido hacer en este libro.

Creo que una gran parte de mi obra se justifica por la necesidad de ponerme en claro sobre algunas cosas, a veces palabras, a veces figuras ; en ocasiones a lo largo de toda mi vida, o por lo menos de grandes porciones de ella, hasta que he encontrado el momento en que es a la vez necesario y posible tratar estos asuntos. Ha sido ese el caso, por ejemplo, de uno de mis libros más antiguos, *Miguel de Unamuno*. Yo fui lector muy temprano de Unamuno, siempre me preocupaba ; en definitiva, he tenido una especie de lucha con él, no acababa de comprender su sentido, trataba de descubrir cierto secreto en su figura, y al final, para

---

\* Conferencia pronunciada por el Excmo. Sr. D. Julián Marías el día 20 de diciembre de 1990 en el Aula de la Real Academia Española.

superar esta dificultad, escribí ese libro. Me ha ocurrido con otras cuestiones; por ejemplo, con una palabra, la palabra *ilusión*; estudié la transformación semántica en la época romántica, sobre todo desde Espronceda. Me ha ocurrido con una cuestión que afecta a la vida humana en toda su extensión, la idea de felicidad; y los conceptos de amor y mujer, y la relación entre ambos; y, por supuesto, la cuestión de la frontera, de los dos lados de esa frontera que es la muerte.

Hay un caso curioso, que es el de Ortega. Me ha intrigado profundamente, ha sido también una realidad con la cual he tenido que debatirme para comprenderla; y al mismo tiempo de él he recibido en gran parte los instrumentos para esa comprensión, ha sido al mismo tiempo el problema y los instrumentos para su solución.

Pero para un español, creo que nos sucede a todos, la cuestión que nos afecta durante toda nuestra vida es precisamente España. A menos que renuncie a vivir con lucidez, todo español que pretende vivir con ella tiene que plantearse una vez y otra el problema de España, tiene que darle vueltas a esa realidad de la cual estamos hechos, en la cual estamos inmersos; y lo que es curioso es que me apareció desde muy pronto la figura de Cervantes. Desde hace mucho tiempo he visto una conexión íntima entre las dos realidades: la realidad personal, humana, literaria de Cervantes y la realidad del país al cual pertenecía y al que pertenecemos nosotros.

Yo leí el *Quijote* incompletamente cuando era todavía un niño; recuerdo que en una edición en dos volúmenes, ilustrados con grabados del siglo XIX, leí bastantes capítulos sin acabar de comprenderlos; además el libro no era mío; pero poco después, al comienzo del Bachillerato, me regalaron una edición completa del *Quijote*, la leí íntegramente y me dejó una huella imborrable. Después, poco a poco, fui explorando el resto de la obra de Cervantes; me ha parecido siempre inquietante la concentración de la atención en el *Quijote*, libro por supuesto capital, decisivo, gracias al cual nos interesamos por los demás, pero completamente insuficiente. Cervantes no se reduce en modo alguno al *Quijote*.

Leí el resto de la obra de Cervantes, bastantes estudios y comentarios, muchos de ellos muy valiosos, pero que casi siempre

me producían una impresión curiosa, la de que se dejaban fuera el núcleo decisivo. Intentaban una biografía difícil de hacer; o bien hacían un análisis de las fuentes, o un análisis concreto de los textos, con lo cual dejaban en cierto modo fuera el núcleo que correspondía a la persona de Cervantes y a su implantación en España.

He dado desde hace cuarenta años cursos sobre Cervantes, sin duda muy deficientes, que han sido aproximaciones parciales, sucesivas, como una especie de círculos concéntricos en torno a Cervantes. He escrito también ensayos, algunos breves, otros no tanto, sobre esta figura y sobre su obra, y he tenido la impresión de que la persona de Cervantes va apareciendo, se va manifestando en sus libros. No sabemos mucho de él, es increíble lo poco que se sabe por información concreta; por esto me parece muy difícil, casi imposible, hacer verdaderamente una biografía suya (de casi nadie puede hacerse, siempre pienso que en cualquier biografía, incluso en las más minuciosas, faltan en el índice alfabético nombres que han sido decisivos en esas vidas). En el caso de Cervantes, creo que si se atiende a lo que dice o a lo que entredice entre líneas, va apareciendo una figura que resulta bastante coherente.

Si se aplican ciertos recursos antropológicos que permiten comprender la vida humana como tal, y al mismo tiempo se tienen presentes los conceptos históricos y sociales que tienen conexión con los anteriores y que se pueden trasladar de la vida individual a la colectiva, es posible en cierto modo entender una figura humana y un país, y la conexión entre ambos; creo que esa convergencia teórica ha hecho posible el que me atreva a escribir este libro, que sin duda será enormemente deficiente; pero creo que sin dos libros anteriores, uno *Antropología metafísica* y otro bien distinto, *España inteligible*, sin haber pasado por los dos, sin haber podido utilizar los instrumentos conceptuales que han facilitado esos dos libros, no hubiera podido en modo alguno intentar esta aproximación a Cervantes y a España.

El problema que se plantea fundamentalmente es quién fue Cervantes. Pero este nos remite a otro quizá más difícil aún: ¿cómo fue posible Cervantes? En la España de su tiempo parece difícil comprender su posibilidad, sobre todo si se toma la idea

vigente de la España de principios del siglo xvii. Cervantes es una figura impar, un escritor que no se puede poner en línea con los demás, profundamente distinto de los demás españoles de su época e incluso de cualquier época; y sin embargo, no puede ser más español, es absoluta, radicalmente español; todavía más: no puede ser más que español, es inconcebible un Cervantes que hubiese sido italiano, inglés, francés, alemán, no digamos de países más remotos.

Nos encontramos, por tanto, con una dualidad entre lo que es la figura de Cervantes, tan distinta de todas las demás de su tiempo, y la condición radicalmente española de su obra y de su figura. Es menester estudiar las plurales trayectorias de Cervantes —la palabra trayectorias ha de usarse en plural, porque no se trata de una línea, sino de una arborescencia, se inician, se interrumpen, se abandonan, comienzan a diferentes alturas de la vida, lo mismo en la vida individual que en la colectiva—; es menester preguntarse por la vocación de Cervantes —por sus vocaciones, porque acaso tuvo más de una, y acaso están en relación dramática, porque es dramático todo lo que afecta a la vida humana—.

¿Cómo era la España de su tiempo, esa España en la cual pudo existir puesto que existió? Esta situación plantea problemas teóricos bastante difíciles. Y hay la significación de Cervantes para la realidad de España: desde que apareció y escribió ha influido decisivamente en la realidad histórica española, pero con interrupciones, con vacíos: podemos hablar de la discontinua España cervantina. España es cervantina, no es inteligible sin él, pero no siempre, no en todo momento, y se puede preguntar si esa discontinuidad no responde a ciertos momentos de flaqueza, de abandono, de inautenticidad, de ciertos errores históricos.

Por esto creo que es fundamental el descubrimiento del proyecto histórico de España, que ha quedado encubierto en gran parte por una historia no bien conocida y, sobre todo, por interpretaciones que hacen violencia sobre ella. Pienso que se ha entendido España casi siempre con el modelo de otros países de Europa, y se ha concluido que es un país extraño, anormal, conflictivo, en suma, ininteligible; creo que si se la mira desde dentro, si se trata de descubrir cuál ha sido su proyecto, se encuen-

tran cosas extrañas; por ejemplo, una rara continuidad en un país que se supone lleno de rupturas; un país que se cree violento y ha sido uno de los menos violentos de Europa, salvo el lamentable hecho de que tenemos violencia reciente, en el siglo XIX y todavía mayor en nuestro siglo, en el espacio de nuestras vidas; pero tomada en conjunto, la historia española es menos violenta que la de ninguna otra nación europea.

Cervantes vive la mayor parte de su vida en el siglo XVI; nacido en 1547, en tiempo del emperador Carlos V, desde que es niño reina Felipe II. La vida de Cervantes transcurre primariamente en el reinado de Felipe II, muerto en 1598; pero vive todavía hasta 1616, es decir, una parte de su vida corresponde al reinado de Felipe III, y casi la totalidad de su obra se escribe, en todo caso se publica, en el siglo XVII. Es decir, es un hombre del siglo XVI, del tiempo de Felipe II, pero es un autor del XVII, del tiempo de Felipe III.

Esto es muy importante, sobre todo si se considera la generación a que perteneció Cervantes y más aún el puesto que ocupó dentro de ella. Esto explica muchas anomalías que existen en la vida de Cervantes y que se han tratado de explicar con razones bastante especiosas y sin ningún fundamento. En aquella época un hombre no solía vivir más de sesenta años; en todo caso, a esa edad era viejo y estaba probablemente fuera de la plena actividad. Pues bien, Cervantes tuvo un plus de vida: esos dieciséis años del siglo XVII, del reinado de Felipe III, en los cuales hace casi toda su obra. Si Cervantes hubiese muerto o quedado inútil a la edad normal, apenas existiría como escritor; dependió esto de esa prolongación, de esa relativa longevidad, acompañada de lucidez y vocación.

Este hecho explica ya por sí multitud de anomalías: no tiene que ver con los autores de su generación, no publica su obra cuando ellos, forma constelación con los de la siguiente. Este hombre, cuando todo el mundo creía saber lo que era, cuando parecía haber dado su medida, publica nada menos que el *Quijote*, lo cual es una avilantez que no se le perdonó nunca; ser genial es difícil de perdonar, pero serlo cuando ya se cree saber quién es alguien, no tiene remisión, y esto ocurrió en el caso de Cervantes.

Algunas trayectorias de Cervantes se formulan en expresiones suyas; por ejemplo, en unos versos de *La gran sultana*, puestos en boca de un personaje cómico, un gracioso, pero no siempre, llamado Madrigal; no comprendo cómo no los tienen en la memoria todos los españoles, pero solo los he visto citados una vez:

—Español sois sin duda. —Y soylo, y soylo,  
lo he sido, y lo seré mientras que viva,  
y aun después de ser muerto ochenta siglos.

La trayectoria permanente de Cervantes, porque lo acompaña de la cuna a la sepultura, es la de ser español; se siente profunda, radicalmente español, y en esa trayectoria se van engarzando, se van superponiendo las demás. Y hay otra que es decisiva: su sentido de la libertad. Repite una vez y otra, en verso y en prosa: “tú mismo te has forjado tu ventura”; la libertad es lo más importante, aquello a que no se puede renunciar; si se pierde, como en el cautiverio de Argel, hay que recobrarla como sea, por eso hay que intentar evadirse una vez y otra, aunque el peligro sea grande. Y no consiente que la libertad sea violada por nadie. Don Quijote hace locuras, incluso delictivas, cuando libera a los galeotes, que son delincuentes, que han sido juzgados y los conducen a las galeras en nombre del Rey; sí, pero están forzando su voluntad y eso es lo que no se puede forzar, no se puede obligar a nadie a que haga lo que no quiere.

Esa afirmación frenética de la libertad es fundamental en Cervantes y la aplica a todo: el amor no se puede contrariar ni se lo puede imponer, esto tiene siempre consecuencias atroces. Hay una línea que cruza íntegramente la vida de Cervantes y toda su obra: la afirmación más radical y profunda de la libertad.

Y hay también la conciencia de la personalidad cuando Don Quijote dice: *Yo sé quién soy*. Recuérdese que lo dice cuando los mercaderes toledanos lo acaban de apalear y ha quedado maltrecho, y su vecino Pedro Alonso lo encuentra y lo lleva a su aldea; y en ese momento es cuando dice “yo sé quién soy” y enumera los grandes héroes, porque sus hazañas superarán las de ellos: se remite al futuro, a lo que va a hacer, a sus proyectos.

Aparecen dos vocaciones de las que no se puede prescindir. Decimos que Cervantes fue el gran escritor, pero también fue

soldado, y cautivo en Argel como una prolongación de su vida militar, después de sus años de combates en el ejército de Italia y en Lepanto, casi como un prisionero de guerra. Hay una vocación de soldado que no abandona, y aun después de volver a España todavía duda entre si va a ser escritor o soldado; y no se olvide ese maravilloso discurso de las armas y las letras, que se suele pasar por alto como un mero ejercicio retórico, pero que si se lee despacio se ve que es algo prodigioso. Lo dice Don Quijote, pero no como loco, sino absolutamente razonable, y Cervantes se solidariza con él sin duda alguna; es de una profundidad que sorprende, como cuando considera que las armas y la guerra son la garantía de la paz, y hace la más enérgica afirmación de la paz, interior y exterior, como el bien más valioso y deseable.

En cuanto a las *Novelas ejemplares*, entre las cuales se suelen distinguir, siguiendo una caracterización suya, dos tipos, por uno de los cuales se manifiesta casi siempre la preferencia, yo creo que Cervantes se apasionaba por todas, la gozó al escribirlas, y muchos de los rasgos que se suelen atribuir a las preferidas se encuentran también en las más movidas y novelescas, en cierto sentido las más convencionales, pero en las que Cervantes puso los cinco sentidos al escribirlas.

Sobre todo, creo que lo que más caracteriza a Cervantes, lo que le es más propio, es la *absorción de la realidad*; en eso consiste, y es lo que le permite descubrir ciertos rasgos de la vida humana. Uno de ellos, el valor, la estimación de la valentía, que aparece en sus recuerdos más directos, de Lepanto, por ejemplo, y otras veces puesta en boca de personajes. Por falta del valor muchos desdennan ciertos tipos de vida. Esto aparece claramente en el discurso de las armas y las letras. Cervantes poseía el valor, lo había probado y había recibido los arcabuzazos que pudieron matarlo y lo dejaron malherido y con la mano izquierda estropeada. Desde esa actitud puede estimar las letras; no se le podría decir, como en el *Poema del Cid*, "Lengua sin manos, ¿cuemo osas hablar?". Cervantes tiene manos, las ha usado y casi ha perdido una, y puede hablar.

Por otra parte, descubre la belleza; la obra entera de Cervantes está obsesa con la belleza: de la mujer sobre todo, de las

ciudades, de los paisajes; y también de los hechos, de las hazañas; y la de los países. Y la libertad, que como hemos visto afirma sin restricciones, con pasión y entusiasmo. Y finalmente el amor. Sabemos muy poco de la vida amorosa de Cervantes, casi nada; pero si lo leemos con atención, vemos que estuvo siempre afanado con el amor, que es para él lo más importante y penetra su obra entera, en todos sentidos, a veces asociado a la idea de la libertad, como en el maravilloso episodio de la pastora Marcela, que afirma su libertad y se defiende de ser culpable de la muerte de Grisóstomo, al cual no ha correspondido porque no tiene por qué, porque tiene que ser libre, y dice aquella espléndida frase: “soy fuego apartado y espada puesta lejos”.

Y hay algo que me parece capital: el *Persiles*, ese libro que casi nadie lee; en él hay una recapitulación de la vida de Cervantes, de la vida vivida y no menos de la vida soñada. En ese libro están esos países que nunca pudo visitar, los viajes que nunca hizo, las figuras que va inventando, atractivas, llenas de magia y de misterio. Creo que es un libro clave, decisivo si se quiere entender quién fue Cervantes.

Sabemos la enorme valoración que Cervantes tenía de este libro y que a veces parece absurda; no podemos compartirla, pero es menester entenderla, hay que intentar comprender por qué tenía Cervantes esa extraña predilección por el *Persiles*. Creo que quien lo vio mejor, como tantas veces, fue Azorín; he recordado que el mismo año que murió, unos meses antes, había escrito yo un ensayo relativamente serio sobre Cervantes, había leído y releído muchas cosas; fui a ver a Azorín y le dije: “El que ha entendido mejor el *Persiles* es usted.” Azorín no oyó bien la última palabra, creyó que era un nombre propio y preguntó: “¿Quién?” Entonces yo señalé a su pecho y dije: “¡Usted!” Y este hombre tan viejo, a punto de morir, con toda su gloria, puso una cara de felicidad como un niño a quien le dicen que tiene sobresaliente. Me conmovió como pocas cosas esta satisfacción de Azorín por el elogio que le hice de su comprensión del *Persiles*.

Se ha hablado muchas veces de Cervantes como el escritor de la decadencia, asociado a la decadencia de España, se lo ha considerado como un escritor de poniente; yo creo que esto no

es así. En la vida de Cervantes España no estaba en decadencia; cada vez parece más claro, y cuanto más se investiga la historia de España más se ve que la decadencia, que existió, vino mucho después, y no fue tanta como se supone. Cervantes tenía preocupación, tenía zozobra, sentido crítico, y lo expresaba libremente, con la libertad de los hijos de la casa; tenía la impresión de que tenían que hacerse cosas que no se hacían o no se iban a hacer, tenía preocupación; pero no veía decadencia, tenía confianza y entusiasmo, vivía penetrado de la grandeza que inspiraba la vida española durante toda la vida de Cervantes y no solamente durante el reinado de Felipe II.

Además Cervantes fue uno de los primeros descubridores de esa forma de realidad que es propia del Barroco, del siglo XVII, tanto en filosofía como en la poesía y la literatura en general: el descubrimiento del sueño y la ficción, no como faltas de realidad, sino como formas de realidad, justamente la que pertenece a la vida humana. Esto lo hace Cervantes y lo hace Shakespeare y lo hace Quevedo; y paralelamente lo hacen Descartes y Pascal y Leibniz, en los dos campos, en la literatura y en la filosofía; un poco antes en la literatura, en Cervantes y en Shakespeare. Esa forma de realidad que *acontece*, que se cuenta o se canta, la extraña forma de realidad propia de la vida humana; su descubrimiento en Cervantes tiene una plenitud extraordinaria.

La huella de Cervantes en la España posterior a él es bien visible. El siglo XVIII, cuando España se puso a la carta de la cordura y el buen sentido, se dejó penetrar también por el prosaísmo dominante en toda Europa en esa época; habrá que llegar a Goethe para encontrar una superación de él. El prosaísmo nunca le ha ido bien a España y a los españoles. Y es curioso que aun en ese siglo hay una serie de figuras bastante cervantinas, más aún, bastante quijotescas. Don Quijote quería enderezar entuertos y desfacer agravios, y así le iba. El padre Feijoo, que era un piadosísimo fraile benedictino, creyente a pie juntillas, ilustrado y abierto, se pasó la vida combatiendo lo que llamaba los errores arraigados, lo que llamaríamos las creencias sociales falsas, luchando contra los molinos de viento; y así le fue también hasta que Fernando VI, en el ejercicio más puro de la historia de lo que es despotismo ilustrado, prohibió las polémicas

sobre Feijoo; fue ciertamente despotismo, pero ilustrado, y gracias a eso pudo Feijoo no consumir su vida en refutar a sus adversarios y seguir pensando y escribiendo.

Y díganme qué fue Jovellanos, que es un cruce de Don Quijote y el Caballero del Verde Gabán, y al final, cuando lo llevan a la prisión, y luego al castillo de Bellver, y por último tiene todas las tentaciones con la invasión francesa, Don Quijote vence y se sobrepone al Caballero del Verde Gabán. Y el más quijotesco de todos es, por supuesto, Cadalso, figura extraordinaria, enamorado, valiente, que muere en el sitio de Gibraltar por no guarecerse de una bomba inglesa; con un ingenio que le hubiera permitido escribir otro discurso de las armas y las letras, con más ironía que Don Quijote.

Como se ve, hay una línea discontinua —insisto en la discontinuidad— en el cervantismo, incluso quijotismo, que cruza toda España. Cervantes ha sido la expresión más honda de lo que es España, y creo que a ella hay que volver para saber quiénes somos y, sobre todo, quiénes podemos ser.

JULIÁN MARÍAS.